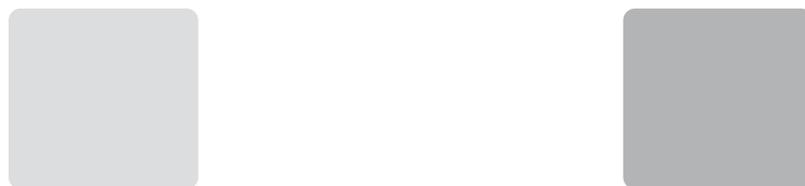


CONCURSOS



Concurso
Cristina Rosas de Salas ¹

**“EN LUGAR DE...”
LA PULSIÓN Y SUS DESBORDES.
REELABORACIÓN (*DURCHARBEITEN*)
Y LA PRÁCTICA ANALÍTICA ACTUAL**

Como consecuencia de demandas que antes quedaban fuera de nuestros consultorios se han conmovido en el psicoanálisis ideas que parecían inamovibles y el riesgo de dilución, que con criterio plantean los más cautos, tendrá que ser escuchado. El tema preocupa desde hace tiempo...

Ya en 1984 en el trabajo “Corrientes actantes en el pensamiento psicoanalítico latinoamericano” W. Baranger y J. Mom decían sobre su posición entre expansionistas y los “guardianes de las tablas”: “No somos fanáticos. Somos expansionistas circunspectos. Ya dijimos en otra parte, expansión sin dilución y con precisión”.

Guiada por esta posición el tema elegido es repensar el desafío que implica la pulsión y sus desbordes en el marco del contrapunto freudiano: repetición-reelaboración.

Por último, con el propósito de poner a trabajar la teoría y de debatir ideas sobre el encuadre y el lugar del analista, se presenta el caso del Sr. Q.

Repetición y reelaboración: hipótesis iniciales

La trascendencia de una concepción no patológica de lo inconsciente reprimido se ha puesto de relieve al transitar las fronteras tanto de la teoría como de la práctica. Por esto se elige como concepto bisagra, tanto para las elaboraciones metapsicológicas, como para las cuestiones referidas a la práctica, el de representación (entramado de intercambios significativos pulsión-objeto). Se considera que este “destino” intrapsíquico del encuentro pulsión-objeto preserva tanto la disponibilidad pulsional (en el sentido de disponible para el trabajo psíquico), como la contingencia del objeto (en cuanto a sus posibilidades de sustitución y desplazamiento), aun con los límites y el esfuerzo que les impone lo que las desborda.

Una primera hipótesis es que en los “casos difíciles” el núcleo del problema gira en torno, no de lo irrepresentable sino de lo “no representado”. Dicha denominación

¹ Miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina.

invita a pensar en otros “destinos” del encuentro pulsión-objeto a partir de considerar que, luego de la primera tónica, la representación no es el único posible.

Considero que luego de 1923, las identificaciones, la desmentida y la forclusión (casi no tratada por Freud) permiten pensar en formas de inscripción y borrado diversas de la represión. Como señala A. Green (1993), se trata de analizar el impacto en la teoría y la clínica de un trabajo de lo negativo que va más allá de la sola consideración de la neurosis como negativo de la perversión.

Entonces la problemática cambia y gira en torno a ser o tener el objeto; las fronteras del yo, sus deformaciones y angustias. Implica considerar las consecuencias intrapsíquicas de mecanismos diferentes de la represión y los traumas tempranos, y las funciones de los objetos originarios nuevamente pasan a ocupar el centro de los debates.

En la práctica el dispositivo clásico se ve conmovido, y lo sabido sobre el lugar y las funciones del analista, tiene que ser revisado.

Existen argumentos de peso para sostener desde la metapsicología diferencias entre, *la puesta en acto*, como posibilidad de los procesos inconscientes reprimidos, de lo que es *la repetición en acto*, y a partir de ahí analizar los diferentes procesos de reelaboración que implican.

Recuerdo que en el *Diccionario de Psicoanálisis* de J. Laplanche y J. Pontalis (1971) se señala que lo que Freud denomina *agieren* se traduce en inglés como *to act out* (forma sustantiva: *acting out*) pero que la palabra *out* situada detrás del verbo, contiene matices que parecen importantes de diferenciar.

Dichos matices están en estrecha relación con si se cuenta o no con un “capital representacional” al que la pulsión pueda entramarse en su empuje. Por esto en una primera caracterización propongo discriminar: repeticiones presentes en el discurso y su puesta en acto en la transferencia (ligadas a complejos representacionales) y repeticiones en acto o más cercanas al acto (ligadas a destinos no representacionales del encuentro pulsión-objeto). Dicha discriminación considera la relación entre el “qué” se repite y el “cómo” se repite.

En la obra freudiana haya su sustento según se tomen los trabajos anteriores a “Más allá...” que dan cuenta de una repetición que no contradice el Principio de placer o los posteriores a 1920, donde Freud se plantea la repetición aun de acontecimientos que nunca fueron placenteros pero en busca de ligadura. *Este cambio del principio de placer por la ligadura y la combinatoria ligadura vía repetición sin duda es rico en consecuencias, y es uno de los motivos por los que se elige esta perspectiva para pensar sobre la pulsión y sus desbordes.*

En cuanto a la reelaboración, esta denominación (*durcharbeiten*) da idea de ese “esforzado trabajo” sobre la repetición en tanto “están las mociones pulsionales reprimidas que la alimenta y de cuya existencia y poder el paciente se convence en virtud de tal vivencia” (Freud, 1914). Ahora, si pensamos a partir de “Más allá...”, sin duda se torna más compleja la pregunta sobre las posibilidades de su reelaboración, al ser la repetición un intento de ligadura. Un modo de acotar la pulsión en su empuje incoercible.

Por otra parte, es un esforzado trabajo que involucra a analista y analizado, y que ambos emprenden no siempre en igualdad de condiciones; Freud (1914) dice: “ardua tarea para el analizado y prueba de paciencia para el médico”. Pienso que, como el título del libro de Skarmeta, se trata, en todo caso, de una “ardiente paciencia” en tanto no la imagino sólo como una espera, sino *como un “trabajo” que se despliega en el campo analítico* (Baranger, W. y M., 1961-1962) *comprometiendo tanto al analista como al analizado*.

Es que, por más que apostemos a las posibilidades de elaboración del psiquismo, o por el contrario nos dediquemos a señalar sus límites, lo cierto es que en el trabajo analítico, como en la vida, se intrincan pulsiones de vida y de muerte, de transferencia positiva y negativa, deseos y posibilidades de cambio junto con poderosas fuerzas que tienden a que todo siga igual. Y que, para desazón nuestra y del analizado, incluso no siempre es igual, sino que puede ser cada vez un poco peor, junto con el malentendido de que esta vez va a ser diferente y mejor.

Incluyo al analista en los procesos de reelaboración, también para señalar en el mismo una posición que imagino: atento a la repetición pero también a los cambios. No siempre que el analizado nos dice “usted siempre me dice lo mismo”, es que se resiste a reconocer sus resistencias. Estimo que las resistencias del analista, también las epistemológicas (Roussillon, 2007) son de particular importancia.

Un punto que quisiera dejar planteado, es el trabajo que le queda al analizado, con las resistencias que generan sus cambios en aquellos que formaron parte de los “guiones” que intenta cambiar. En mi experiencia clínica, el análisis muchas veces hace tope en esta contingencia y la neutralidad benevolente también vale para estos casos.

Repeticiones en el discurso, y reelaboración

Antes de pasar al acto y su reelaboración, es preciso recordar las repeticiones que aparecen en el discurso en la que la pulsión se conjetura ligada a complejos representacionales inconscientes y reprimidos, que se despliegan en el campo de la situación analítica fundamentalmente a través de la palabra.

Se trata sin embargo, de un actuar que “está en consonancia con la atemporalidad y la capacidad de alucinación de lo inconsciente” (Freud, 1912) y que permite sostener que hay, en lo primariamente reprimido una “reserva” de sentido y de deseos.

Reitero que esta concepción no patológica de lo inconsciente reprimido, ha sido uno de los aportes que fueron puestos en primer plano al empezar a considerar las fronteras de lo analizable.

A los fines de su reelaboración resulta trascendente que pueden organizarse en una neurosis de transferencia creando un “reino intermedio”, pero que al mismo tiempo es un “fragmento del vivenciar real-objetivo”, aunque de naturaleza provisional.

Dice M. Baranger (trabajo inédito): “Me parece que aquí nos alejamos (al hablar de reelaboración) un poco de la elaboración de las resistencias y que tanto la elaboración como el insight ya no tienen tanto que ver con recuerdos a recuperar, sino

con mociones pulsionales (y fantasías o situaciones que la involucran) que hay que poder reconocer como propias y pertenecientes a otra temporalidad. [...]Y la transferencia como potencialidad temporalizadora, en búsqueda permanente de actualizaciones”.

Reino intermedio, espacio y tiempo de transición, que permiten ver cómo se articulan: la emergencia de contenidos representacionales reprimidos que, al ser “apropiados”, son transferidos sobre el analista, lo que suele producir, dice Freud, una detención en las ocurrencias.

La palabra parece desbordarse por la transferencia aunque se hable de ella porque el enfermo, “quiere actuar (*agieren*) sus pasiones sin atender a la situación objetiva (real)”. *Así Freud reconoce que algo de la pulsión es contenida por la palabra y un resto “Abr-agieren”, lo que determina que a partir de ahí, esta denominación tome una significación más compleja que la simple catarsis.*

En este caso, la repetición da cuenta y cuenta el deseo de reencuentro con un objeto, de reproducir una experiencia de placer, de sus tropiezos y de cómo en esa búsqueda, también se invisten, o se crean, objetos nuevos (también el analista). Discurso que “habla”, aun sin saberlo, de esa búsqueda y creación con un grado de singularidad que se sobrepone a cualquier generalidad.

Términos como reencuentro o reconocimiento llevan a recordar la subversiva concepción que Freud otorga a lo inconsciente al adjudicarle una temporalidad *Zeitlos*, “Fuera de tiempo”.

Como sostiene Julia Kristeva (2005): “Nunca se ha hablado de una herida en un tiempo que no temporaliza como lo hizo Freud, y dicha afirmación se hizo, sin duda para asentar las bases de la heterogeneidad del inconsciente pulsional, pero también, como necesidad terapéutica –tal como es cierto que los síntomas y las estructuras psicopatológicas pueden aparecer como imposibilidades diversas de integración de lo intemporal”.

En este punto, considero que la reelaboración, apuesta a inaugurar o reabrir una categoría de temporalidad: la transitoriedad. El propio Freud (1916[1915]) desarrolla esta categoría de tiempo al hacer “un complemento” a su teoría sobre el duelo. Allí señala que, además del trabajo que implica el retiro de las investiduras de objeto perdido, éste supone la instalación o aceptación de la transitoriedad.

No dejo de advertir que dicho trabajo es contemporáneo a “Duelo y melancolía” y de “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico”, lo que hace pensar que el tema de la temporalidad y la repetición lo convocaba por esos tiempos.

Así la reelaboración y los duelos que implican instaurar un tiempo que supone la aceptación, pero también la libertad que implica la transitoriedad. Será transitorio el placer, pero también lo es el dolor.

La demanda de análisis surge entonces relacionada con los “tropiezos”, con el deseo de “ajustar” el tiempo y la distancia entre lo buscado y lo esperado (inconsciente) o entre lo buscado (inconsciente) y lo encontrado que se actualizaría de manera conflictiva en el síntoma. Y donde el “demasiado cerca” o el “demasiado lejos” (entre la nostalgia y la esperanza, decía Leclair) aparece denunciado por el grado de angustia que lo acompaña.

Será entonces un trabajo sobre un tiempo y una memoria que coagulados en un guión hace que se comprometan tanto la disponibilidad pulsional como la contingencia del objeto, *aun cuando se trate de la regresión y la repetición propia de las neurosis*.

Considero que el registro de este tipo de repetición en el discurso y su despliegue en la transferencia, es de un valor clínico inestimable. Superficie del discurso que hacemos permeable a partir de la instauración de la regla fundamental, y que requiere de un analista que “supuestamente sabe” escuchar un tiempo que pasa, junto a uno que no pasa. La regla que propone el “asocie” y un determinado encuadre para que ocurra dan cuenta de la expectativa de producir una palabra en transferencia y de transferencia.

Desde esta perspectiva, el trabajo de reelaboración apunta entonces a producir modificaciones intrapsíquicas que permitan hacer más “fluido” el acceso a la palabra, a desarmar los “tropiezos” de la pulsión y del deseo. A despejar o reconstruir el camino largo, que va del deseo a una palabra que lo exprese de la manera más genuina y entonces poder decir con el poeta: ... sólo quedan los sueños que delibero tener.

Tanto del dispositivo clásico (con mayor o menor flexibilidad) como sobre el lugar del analista ya hay abundante bibliografía, por lo que sólo voy a señalar que en este tipo de repetición no se ven notoriamente cuestionados y es posible esperar que se tornen en un espacio y una presencia potencialmente propicias para el despliegue de procesos de transferencia intrapsíquica e intersubjetiva.

Repetición en acto y reelaboración

En cambio las repeticiones en acto o más cercanas al acto (es el caso de los desbordes afectivos con escaso contenido de representación palabra) son las que más desafían nuestra práctica clínica porque sortean la cadena de trabajo psíquico que va de la pulsión al pensamiento y la palabra, siendo la evacuación en el soma y en el mundo externo contingencias esperables. Es decir, entramos al terreno del acto y sus desafíos.

Sin embargo como son sólo intentos de ligadura, necesitan de un tercero que los “escuche” ¿Estamos preparados para escuchar el acto y sus demandas?

Con relación a “qué” se repite en acto se trata básicamente de injurias narcisistas o de huellas que no alcanzaron a conformar un complejo representacional y se conjetura la intervención de mecanismos diversos de la represión. En cuanto a “cómo” se repite, la idea es que al quedar la pulsión sin anclaje representacional aparece el acto comprometiendo tanto la disponibilidad pulsional como las posibilidades de desplazamiento y sustitución del objeto.

En este campo se ubican los llamados casos “fronterizos”, en los límites de lo analizable, que ponen en el centro del problema cuestiones como: los traumas tempranos; el yo, su grandor y sus fronteras; sus defensas y la cuestión de su discriminación con el objeto entre otros. Y la palabra, empobrecida de sutilezas, aparece: o en una función meramente informativa, en general sobre actos ya realizados... O atrapada en teorías, creencias y racionalizaciones que a poco de ser puestas en análisis, generan situaciones de máxima resistencia.

La complejidad del tema merece hacer algunas puntuaciones tanto sobre la repetición en acto de injurias narcisistas, como de huellas que no alcanzan a conformar representaciones y sus posibilidades de su reelaboración.

Repetición del “desaire” y reelaboración

En estos casos, la repetición en acto está relacionada con lo que está “Más allá de principio de placer”, con el narcisismo herido en un gradiente que va del “desaire” Freud (1920), hasta las injurias que deja la crueldad... Dan cuenta de marcadas inadecuaciones pulsión-objeto en lo que debieron ser las primeras experiencias de placer, en el narcisismo primario, pero también llevan a pensar sobre el peso traumático que en ocasiones tiene la realidad.

La reelaboración de este tipo de repetición en acto, supone pensar cómo “tratar” con la desmentida, sus modos de retorno o con las identificaciones que estructuran las instancias del ideal y el Súper-yo. O con la compleja conjunción de ambos, como cuando el ideal opera como contracara de la desmentida. Es decir analizar el amplio campo en que se articulan el perjuicio, los ideales y las prohibiciones. (Assoun, 2001)

Ejemplo de ello es que su reelaboración frecuentemente implica desarmar el círculo idealización-desidealización-injuria, que con “demoníaca” insistencia, sólo suele concluir en más resentimiento o resignación. Es decir, supone el duelo por ideales imposibles (yo ideal) de alcanzar, pero que se “defienden” (a veces a muerte) porque repararían la injuria sufrida. Un eterno malentendido parece capturar la fuerza de la pulsión, hasta comprometer la vida misma. Ya no estamos en el terreno del conflicto entre deseo y prohibición, sino de las tensiones entre el yo y el Ideal, y de una pulsión que se consume en ellas.

Cabe señalar también que en la repetición de injurias narcisistas sobresalen el odio y la vergüenza como los afectos predominantes, cumpliendo los mismos un papel de afecto-señal de inestimable valor clínico, en tanto es la “tonalidad” afectiva la que nos orienta sobre la investidura de la pulsión. En ocasiones aparecen operando como desencadenantes, en otras acompañando el acto.

Ahora bien, con relación a su reelaboración, hay un tema que cobra trascendencia sobre todo cuando las injurias han sido de una magnitud que va “más allá” del desaire edípico.

Me pregunto ¿cómo se reelabora el desamor? ¿Y el no deseo? ¿Y el deseo de muerte? ¿Y la desvalorización por no haber sido el sueño que soñaron para nosotros? ¿Y la extrema pasivización frente a la crueldad del otro?

Este tema que ha sido muy estudiado a nivel socio-político (repercusiones del holocausto, de los campos de detención clandestina, de la desaparición forzada, de las guerras, etc.) me llena de interrogantes en el caso por caso. ¿Cómo pensarlo en el ámbito más personal? ¿Cómo “tratarlo” en la privacidad del consultorio?

En una interesante entrevista de Catherine Portevin a T. Todorov (2003), al preguntarle sobre el tema de la memoria, él recuerda un eslogan de la época del con-

flicto en Irlanda que decía “ni olvido ni perdón”. Expresión que resulta conocida ya que también tuvo vigencia en algunos períodos de nuestra historia.

Allí Todorov sostiene que, como esta alternativa implica la venganza, nos acerca a la barbarie y propone sustituirla por la justicia. Es decir que sean las obligaciones de la ley, las que reemplacen y se impongan por sobre las de la memoria. La pacificación de la ley por sobre el resentimiento y la venganza, por sobre los abusos de la memoria y del olvido.

Y en el día a día, basta leer los diarios o mirar televisión para comprobar que aun en los casos particulares, el reclamo de ley y de respeto de los pactos sociales y jurídicos, también se hace escuchar incluso en casos donde el horror nos sobrecoge.

Ya en el campo del trabajo analítico, si bien construir o reconstruir una historia importa, pero no resulta suficiente. Como dice Todorov en la entrevista citada: “la memoria puede ser lo mejor o lo peor de las cosas; pero es sólo un instrumento”.

Y en cuanto al perdón, el debate es más complejo. En un interesante trabajo sobre el perdón y lo imperdonable, se propone: “Este perdón (que se corresponde con lo que Derrida denomina ‘perdón absoluto’) puede dar lugar a un olvido genuino: el que permite al sujeto dar eficazmente vuelta la página, para habilitar entonces un ‘nuevo comienzo’ [Arendt, 1958]. Es lo que traza diferencias con el ‘olvido’ propio de la represión, que por su misma lógica promueve repeticiones, y eterniza al sujeto en la misma página de su historia”. (Alberto Cabral, 2007)

Estimo que la recompensa de una “memoria feliz” o de un “olvido feliz” (Ricoeur, 2000) está presente en el planteo.

Por mi parte considero que el perdón, trae al campo del psicoanálisis, un tema con fuertes connotaciones religiosas y su impacto en la contratransferencia del analista merecería ser cuidadosamente evaluada.

Estimo que incluir otras perspectivas de análisis: históricas, éticas, jurídicas, sociales o filosóficas, resulta imprescindible en estos temas y nos compromete a aportar nuestros conocimientos. “Preguntémonos solamente si, sí o no, lo que se llama psicoanálisis no abriría la única vía que permitiría, si no saber, si no pensar incluso, al menos interrogar lo que podría significar esta palabra extraña y familiar, ‘crueldad...’”(Derrida, 2001)

La idea que pongo en debate, es que en el caso por caso, tampoco se trataría de olvidar o de perdonar.

Mi propuesta se inclina por pensar en el esforzado trabajo (similar al del duelo) que implica el reconocimiento de lo irremediable como momento inaugural e insoslayable del trabajo de reelaboración... Reconocimiento del límite absoluto con que en ocasiones nos enfrenta la acción del otro o lo azaroso de la vida (¿Por qué a mí?) como punto de partida (y de llegada) de un trabajo que permita desanudar la pulsión de lo traumático y atemperar la condena del resentimiento o la pasividad de la resignación. Trabajo inevitable de reelaboración que supone enfrentar lo que está “más allá” de la castración, en las fronteras de lo analizable y de lo decible.

Pero en la clínica, además de este doloroso reconocimiento de lo irremediable, también está lo difícil que resulta enfrentar y reconocerse (¿reconciliarse?) en las posi-

ciones que se tuvieron o que finalmente se tendrán frente a lo acontecido. Por esto también habrá un tiempo para analizar la “posición” que cada sujeto asumió, asume o asumirá frente a la historia construida. ¿Perdonar? ¿Culpar? ¿Olvidar? ... Es decir de aquello que le da un sello propio al trauma, aunque haya sido vivido por otros.

Pienso en las palabra de David Grossman en su discurso en el último congreso del Pen Club, realizado en Nueva York en el 2007 (*La Nación*, domingo 20 de mayo). Refiriéndose a la situación de guerra en Israel y sobre todo a la muerte de su hijo dice: *“Escribo y siento que el uso correcto y preciso de las palabras es a veces como la cura de una enfermedad... Y también escribo sobre lo que no puede recuperarse. Y sobre lo inconsolable. Entonces, también de una manera que me resulta inexplicable, las circunstancias de mi vida no se cierran sobre mí para paralizarme. Muchas veces, cada día, sentado ante mi mesa, toco el tema del dolor y de la pérdida como quien toca la electricidad con las manos desnudas, y sin embargo no muero. No entiendo cómo se produce el milagro. Tal vez cuando termine de escribir esta novela intente entenderlo...”*

Cómo no pensar que hay también en el análisis, en el “uso correcto y preciso de las palabras”, una alternativa de reelaboración.

En este punto considero que una línea interpretativa que sólo ponga el acento en la responsabilidad pulsional en lo acontecido, implica desconocer la trascendencia del objeto y sus posibles efectos traumáticos. Y no se trata de pensar sólo en la asimetría de los vínculos en los albores de lo psíquico, sino también de reconocer el peso traumático que en ocasiones adquiere la realidad. Basta repasar la historia de nuestra Latinoamérica para encontrar sobrados ejemplos.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades, coincido con sostener que el análisis ofrece un espacio y un tiempo para nuevas e infinitas (¿interminables?) posibilidades de representación de lo acontecido, aun para los casos en que el hiperrealismo del acontecimiento parezca haber detenido toda posibilidad de reelaboración. Sin duda los procesos sublimatorios y el arte se nutren de esta posibilidad.

Repetición de huellas (no representacionales) y reelaboración

Pero el acto no sólo tiene que ver con las injurias, sino también con repeticiones que convocan la imagen de agujero en la trama representacional, de urgencia económica, y por otro la de una pulsión que, desatada, busca el camino corto del acto. En este caso la hipótesis es que la pulsión al no encontrar redes representacionales a las que enlazarse, busca el camino de la descarga directa

Afinando el planteo, considero que en este tipo de repeticiones deberían investigarse las diferencias clínicas entre: la repetición en acto relacionada con restos de lo forcluido (fallas en la represión primaria) y la repetición de otro tipo de huellas, como las del tiempo primordial, previas a la instalación del lenguaje.

En su trabajo para el Congreso de Berlín, N. Marucco (2007) se pregunta:

¿Qué es eso arcaico que se repite? ¿Algo que surge en acto desde el empuje regresivo hacia un estado casi previo al encuentro con el otro? ¿O algo que es producto de la fuerza intrusiva de un objeto que imprimió la huella destructiva de la desligadura allí donde debieron abrirse los caminos hacia la posibilidad de representación?

Considero que de lo forcluido resultan huellas que hacen posible conjeturar graves desencuentros pulsión-objeto en momentos y tiempos centrales de la estructuración del psiquismo.

Pero también es posible pensar en la presencia de huellas, previas a la instalación del lenguaje que no necesariamente se deben a un repudio del objeto.

Aún no encuentro mejor descripción para esas huellas que la que hace Leclair y que cité en un trabajo anterior *“son pedazos de recuerdos fuera de la memoria, aleación de piel y de palabras acuñadas con el sello de un fragmento de abrazo, de un ligero dedo en la comisura de un labio, de una palabra tonta sobre un soplo de placer. Moneda sin curso legal, piezas grabadas sobre nada en la plenitud del encuentro, cada una firmada con un monograma diferente, se van a unir en la reserva fuera de cuenta de toda memoria contable”*.

Mi hipótesis, es que las huellas que resultan de la forclusión por graves desencuentros pulsión-objeto, tienen un grado de potencialidad alucinatoria y traumática, que convierte los estímulos perceptivos y pulsionales en una fuente de excitación en ocasiones imposibles de tolerar. En cambio a las del tiempo primordial, marcas de los “millares de lazos con el objeto” como dice Freud en “Duelo y melancolía”, tendrían una potencialidad representativa que hace posible procesos de figurabilidad en el analizado y en el analista.

De todas formas, no puede ignorarse que llegados a este punto, las aguas se dividen entre quienes pensamos que esto es posible o por lo menos debe ser investigado, y aquellos que sostienen que sólo se trata de un entusiasmo omnipotente sobre los alcances de la teoría y de la práctica. Tal vez se necesite de todos para seguir siendo “expansionistas circunspectos”.

Clínica del acto y su reverso pensado: la metapsicología

Como dije al comienzo, la expresión, aparentemente sencilla, “En lugar de...” implica la propuesta de retomar y repensar, el contrapunto freudiano: repetición-reelaboración (*durcharbeiten*) haciendo foco en el acto y sus complejidades. *Es decir; pensar acerca del rico campo de investigación de la pulsión y sus desbordes. Con este propósito, y para proponer algunas ideas sobre el lugar que le caben al analista y el encuadre, presentaré el caso del Sr. Q.*

El acto, el lugar del analista y la reelaboración

Una noche de hace tres años y medio, me llama una colega para derivarme

el esposo de una paciente porque, dice, cree que yo puedo hacerme cargo. Lo describe como una persona violenta, descontrolada, un “manejador” y que, si bien no lo puede afirmar, cree que puede ser adicto. Al día siguiente, él me llama y acordamos una hora para el viernes de esa misma semana.

Llega puntual a la hora convenida y cuando lo veo avanzar por el pasillo que conduce a mi consultorio, me llama la atención el gesto de su cara. Es una persona delgada. Muy bien vestido y algo rígido en su andar.

Me aparece una imagen que se refiere a un episodio del último fin de año... Estaba con mi familia y amigos festejando, cuando a la hora de los fuegos artificiales llega de la calle un gran perro negro herido, por lo que pensamos sería una bengala. En ese momento me impresionó el “olor del miedo” y la actitud entre asustada y amenazante que tenía. Queríamos ayudarlo pero si nos acercábamos parecía querer atacarnos. Esa fue la primera impresión que me causó el señor Q.

Esta breve viñeta muestra lo que interpreté en mí, como una regresión del pensamiento a la imagen, producida por una serie de actos-signos que me llevaron a percibir y a pensar sobre lo que el paciente aún no podía pensar. Estos actos-signo como los llama R. Rousillon (1995) son variantes del acto algo más elaborativas destinados a “hacer sentir”, a “hacer vivir” al analista (como contenedor potencial) lo que el sujeto no puede representarse o figurarse. “Después de haberse identificado con lo percibido y con quien percibe, [el analista] se convierte en algo más que un ‘decodificador’: es un verdadero ‘codificador’” (J. Kristeva, 2005).

En este sentido, es frecuente que el analista y sus posibilidades de pensar lo que es actuado, aparezcan en primer plano en gran parte de los trabajos, lo que lleva a tener que analizar no sólo lo referente a su intervención en el proceso, sino también sobre las cuestiones éticas que esto genera.

Esta función de codificación como la llama Kristeva, si bien resulta alentadora para el trabajo analítico, requiere al mismo tiempo considerar el no imponer nuestras construcciones. No sólo por una cuestión ética, sino porque podemos caer en “leer con nuestros códigos”, con nuestra “neurótica”, lo que todavía es una historia por construir. Por esto, a pesar de reconocer esta poiesis de la nominación sensorial, considero que debe tenerse en cuenta que también indican zonas de fragilidad psíquica que le marcarán el tiempo y el modo de hacerlo.

Por mi parte, si bien no pude dejar de considerar este recuerdo en imagen, pienso que en el analista el registro de este tipo de acontecimientos le aportan una idea de lo “por trabajar”.

Regresión del pensamiento para captar y pensar lo que aún no puede ser pensado, pero también para saber de su dolor y operar con delicadeza. *Y saber que aquello percibido y emitido en formas de actos-signos, plenos de sensaciones, deberá sufrir en el analizado un proceso de metamorfosis que haga posible su acceso a la palabra.*

También delicado trabajo del analista consigo mismo, en tanto le implica adentrarse en las fronteras de su propio psiquismo para encontrarse allí con imágenes inquietantes.

A diferencia de los anteriores, hay otro tipo de actos que permiten al analista trazar una secuencia de repetición. Especie de dramatización actuada que en ocasiones sorprende al mismo analista y casi siempre al analizado. Convocan el recuerdo de esas películas que con pocas palabras, pero con una serie de “guiños”, guían al espectador que es quien tiene que descubrir y armar la trama. Aquí, es el analista quien arma la escena y la ofrece al analizado como objeto de análisis.

La hipótesis es que a partir de la repetición en acto, es posible armar una escena, una secuencia, una conjetura para ser puesta como interrogante a trabajar en la sesión. Así, la contundencia de lo repetido se hace visible y por otra parte permite mostrar la correspondencia entre lo construido y lo actuado.

Vuelvo al Sr. Q y la primera entrevista.

Lo primero que cuenta es que su vida cambió hace 10 años con la muerte de su hermano menor con el que tenía una relación muy estrecha. El hermano tenía 25 años y se lamenta de no haber podido hacer nada ya que la muerte fue instantánea y no dejaron que lo viera. Aparentemente, venía corriendo una carrera con otro auto y tuvo un choque.

Le pregunto qué lo trae a la consulta y me dice que tiene accesos de furia. Que últimamente busca pelea y relata dos episodios graves, En ambos casos se trata de clientes que le deben dinero y a quienes golpea con gran violencia.

En ese momento aparece lo que creí era el motivo de la consulta. Dice: “el problema es que si mato a alguien voy a ir a la cárcel pero antes de estar en una cárcel, me mato”.

Entonces y aunque es la primera entrevista, me sorprende señalándole que escucho una secuencia que se repite: situaciones en las que se siente estafado, tomado por tonto, accesos de furia con riesgo de matar y luego la idea de matarse antes de ir a la cárcel.

Se queda mirándome y tengo la impresión que está sorprendido, pero que acuerda con el señalamiento. Que lo haya podido escuchar me parece un dato alentador.

Destaco que es luego de la muerte del hermano que aparecen los actos violentos relacionados con pérdidas (económicas) y con una secuencia: pérdidas, matar y matarse. Se trabaja con la hipótesis que dicha muerte ha resignificado injurias narcisistas de las que se siente víctima. Esto lleva al Sr. Q., a adoptar actitudes en búsqueda de excepciones y resarcimientos tal como describe Freud en el trabajo del 16. Excepciones y resarcimientos buscados desde el lugar de víctima pero que, como en los episodios relatados, toman una magnitud que hace que otros pasen a serlo.

Un punto a destacar. Cuando pensamos en las fronteras de lo analizable, la regresión, de aliada del proceso y propiciada por las condiciones del encuadre en el análisis de las neurosis, pasa a ser un mecanismo defensivo que es necesario desarmar si se quiere ampliar el campo del psicoanálisis más allá de las mismas. En “Inhibición, síntoma y angustia” Freud ubica a la regresión (de la relación de objeto a la identifica-

ción y de la pulsión al yo, incluso en la sublimación) como un mecanismo de defensa del yo (que puede dañar la pulsión más que la represión) asociándola con los procesos de desexualización y de desmezcla pulsional y por tanto trabajando a favor de la pulsión de muerte. Así, tres obstáculos pueden aparecer como consecuencia de la regresión de la pulsión al yo, como límites al trabajo analítico: el narcisismo, el masoquismo y el acto.

Se hace necesario entonces imaginar como punto de partida, formas de “allegamiento” (Bollas, Ch., 1991) que faciliten primero la apertura de procesos de repulsionalización objetal. *Sólo si el analista puede constituirse en objeto para la pulsión se podrá pensar en cómo crear un objeto de análisis en el campo analítico.*

Imagino entonces un analista que “escucha” la repetición, pero la propone como interrogante para ser pensada por ambos integrantes en la situación analítica concebida como campo dinámico.

También es posible pensar en actos que tienen que ver con experiencias no vividas y que encuentran en el análisis la posibilidad de ser experimentadas como algo nuevo o diferente, y que entiendo deben ser cuidados en tanto “ensayos” de acercamientos menos precavidos al objeto, o de reinvestidura pulsional. Es posible pensar que en esas circunstancias, la expectativa es que el analista funcione como un espejo y, de lo que se trata, es de encontrar una imagen valiosa de sí, a diferencia de la que encontró en sus objetos originarios.

Así interpreté el siguiente episodio del Sr. Q.

En una mano traía una caja con una importante cantidad de productos de los que fabrica y en la otra un sobre para que lo lea. Es una fotocopia de una nota necrológica que ha salido sobre el padre. En ella se resaltan sus logros profesionales y sus cargos políticos. Le agradezco el regalo, me recomienda cómo comerlo y le digo que voy a leer la nota. A la sesión siguiente me pregunta con verdadero interés qué me ha parecido lo que me regaló. Le agradezco el regalo, le digo que es muy rico y no hago en ese momento ninguna intervención. Se lo ve complacido.

Pensé que en forma todavía de acto, me estaba haciendo saber que se daba cuenta sobre lo que estábamos trabajando. En una mano traía al “hombre de papeles” como llamaba al padre, el que quería que él también lo hubiese sido, y en la otra sus realizaciones. Tuve presente que ninguno de sus padres, menos aún el padre, le habían reconocido sus éxitos empresarios o económicos. El Sr. Q. no había sido el sueño que soñaron para él. Y, puede discutirse, pero consideré que haber hecho una interpretación por ejemplo sobre la significación del regalo hubiese sido una torpeza técnica y una repetición de la injuria ocasionada por sus objetos originarios. Todavía no era tiempo de metáforas.

Por otra parte el Sr. Q. había definido nuestro trabajo: vengo porque vos me enseñás a pensar. No era el caso entonces de adelantarme a sus pensamientos.

Quiero decir que recursos intrapsíquicos, con que cuenta el analizado también,

deben ser considerados para conjeturar el lugar que se le otorgará al analista y sus intervenciones. Me refiero a la necesidad de tomar en cuenta, no sólo los argumentos que avalan la necesidad de su presencia e intervenciones, sino también los que nos advierten acerca de los procesos de idealización o sometimiento que pueden generarse en estos casos. Por ejemplo si pensamos en la posibilidad de actos en el mundo externo o de desbordes pasionales en un objeto, por qué no considerar que esto también pueda ocurrir con el analista y sus intervenciones.

Me pregunto ¿no deberemos considerar que estamos con un analizado también más vulnerable a nuestras vacilaciones en la neutralidad? La repetición del círculo idealización-desidealización-injuria o pulsión-acto es un riesgo a considerar...

Pero también es necesario reconocer que “los casos difíciles”, ponen en consideración temas metapsicológicos tales como la percepción y la memoria, que habían quedado fuera del interés del psicoanálisis, y que se han realizado aportes que han modificado nuestras conjeturas teóricas y nuestras intervenciones clínicas.

Vuelvo al Sr. Q. para mostrar el impacto de lo perceptivo y la identificación con el analista, y cómo las ideas metapsicológicas pueden cambiar la perspectiva desde la que se “califican” algunos actos del analizado.

El Sr. Q. tiene el horario de sus sesiones a la mañana temprano. A partir de un determinado momento reparo que ha empezado a llegar con el tiempo suficiente para verme llegar. Ha descubierto que mi casa está cruzando la calle. También observo que charla con el joven de la verdulería de la esquina y que ha establecido una amable relación con la señora que ordena el consultorio. Como llega temprano, siempre la encuentra. Aunque no puedo corroborarlo, tengo la impresión además, que las charlas le permiten averiguar cosas sobre mi vida. Me siento observada y recuerdo que la colega que me lo derivó me había dicho que era un “manejador”.

Estos actos hacen recordar lo planteado por A. Green en la supervisión del caso llamado Bernardo (1995) donde el analizado preguntaba si había un departamento libre en el edificio del analista. Allí sostiene que éste en un comportamiento frecuente en estructuras no neuróticas y que puede relacionarse con diferentes posibilidades. Una es familiarizarse con el espacio, con el entorno, hacerse una idea de la vida del analista para acercarse sin temores y desconfianza a lo desconocido. Otra posibilidad es la captación mágica de los atributos del analista vía una identificación de tipo primaria, sin mayor discriminación sujeto-objeto.

Ambas ideas me sirvieron para pensar que el calificativo de “manejador” que usó la colega que derivó al Sr. Q., en realidad tenía que ver con estos modos precavidos de acercamiento a los objetos. Es decir me permitieron darle a estos actos una significación diferente a la que podrían tener por ejemplo en un funcionamiento neurótico.

Otro punto a considerar es que al estar comprometidas las posibilidades de transferencia intrapsíquica, la presencia del analista cobra una trascendencia que repercute en el encuadre. Se intensifica la demanda a su presencia o por el contrario se

evita el contacto. O cobran llamativa importancia detalles de su persona real o de su entorno familiar como consecuencia del marcado desajuste percepción-representación, es decir, al no encontrar los datos perceptivos una trama representacional que les permita incluirse en una producción fantasmática. Entonces, ya no se trata de preservar la figura del analista de interferencias para favorecer las proyecciones del analizado, sino de considerar el impacto del dato perceptivo pero no sólo como favorecedor, sino también como obstáculo para el trabajo analítico.

En el caso del acto y sus posibilidades de reelaboración, también considero que es de particular importancia considerar el grado de tolerancia al dolor y a lo enigmático, al humor y lo estético, menguados por la presencia de defensas y resistencias diferentes a la represión y que en muchas ocasiones encubren núcleos melancólicos.

La experiencia clínica me ha mostrado la falta de sentido del humor en este tipo de analizados, por lo que cualquier comentario en ese tono puede ser tomado como una burla. Es más, en ocasiones las mismas interpretaciones o señalamientos pueden ser tomadas de esa manera. Vuelvo al Sr. Q.

Tiene un accidente con el auto. Venía viajando cansado, enojado, hablando por teléfono porque no le entregaban un auto que había encargado y que deseaba de manera llamativa. Cuando viene a la sesión hablamos del episodio pero no puede explicar cómo pasó.

Dice: de golpe vi que se me venía un auto negro encima, recuerdo la cara del que manejaba y después me fui por la banquina. Le pregunto por qué está tan ansioso con el auto. Y dice que podría tener cualquier otro, pero quiere ése. Mi papá también tenía autos con esa marca.

Entonces le digo que quizás desea tener un auto, algo, como el padre.

La imagen de lo que ocurrió fue como la de haber “tocado” una zona dolorosa. Se levantó como un resorte, se enojó muchísimo e insultándome, se fue.

Pensé que no volvería y que si esto ocurría era porque el señalamiento había sido disruptivo, porque todavía no era el momento para ser tomado como tal. El “logo” del auto era aún un signo lejano, pero doloroso, de la añoranza por el padre. Tuve la impresión de la furia de haber sido descubierto en su vergüenza. Sin embargo volvió y hemos trabajado sobre su reacción: lo había interpretado como una burla.

También, como en el Sr. Q., son notables en estos analizados el déficit o la falta de intereses culturales y estéticos juntos con considerables éxitos profesionales que suelen disfrazar, para la valoración social, las dificultades que aparecen en el análisis. El Sr. Q. nunca había leído un libro, ni iba al cine o al teatro. Sólo practicaba algún deporte que cumpliera con dos condiciones: competir y hacerlo sudar, es decir al servicio de la descarga

Quisiera señalar también, que no es infrecuente que la sexualidad misma cumpla funciones de descarga ante la perentoriedad de una pulsión desatada de fantasías. En ocasiones resulta llamativo lo claro que expresan la diferencia entre la pulsión y el deseo y el amor.

El acto y el encuadre y la reelaboración

Por otra parte hay en las repeticiones en acto, un tratamiento de los *Zeitlos*, de lo fuera del tiempo, que conlleva un grado de fijeza e intempestividad que ponen en cuestionamiento los parámetros temporales del análisis como el número de sesiones y su duración.

La teoría avalaría una frecuencia más alta para “cercar” en la medida de lo posible, el tiempo intempestivo del acto e reinstalar la transitoriedad altamente comprometida. Sin embargo, son justamente estos analizados los que más se resisten a considerarlo, por lo que la imaginación del analista se pondrá en juego para pensar un encuadre que incluya la paradoja de ser rigurosamente flexible.

El Sr. Q. comenzó con tres sesiones semanales pero rápidamente empezó a pedir excepciones, como dos sesiones juntas o sesiones más largas.

El criterio fue dejar abierta la posibilidad de repactar el número de sesiones y en cuanto a la duración se mantuvo los cincuenta minutos. Daba la impresión que le costaba salir de sus estados de retracción pulsional defensiva y cuando lo lograba, le resultaba difícil terminar en los tiempos pactados. Además estaba acostumbrado a hacer valer su poder en el mundo de los negocios y el dinero.

Pero, conciliar la pretensión de excepcionalidad y acto no es sencillo, y la pregunta por los parámetros temporales como la frecuencia de las sesiones toma un lugar de importancia. O que se considere la pertinencia o no de los llamados “suplementos del encuadre” (teléfono, mensajes, etc...).

Considero que hay un punto central que nos aleja de cuestiones meramente ideológicas y que es: cómo hacer “la transformación lo más extrema posible del aparato psíquico en aparato del lenguaje, y recíprocamente” (Green, 1995). El tema será entonces observar, caso por caso, cómo “esa transformación extrema “se ve favorecida o no por el número de sesiones. Estimo que sería inadecuado quedarnos con la idea de un número ideal y que todas las variantes son sólo acomodaciones forzadas por circunstancias ajenas al proceso analítico o manifestaciones resistenciales.

Considerar por ejemplo las conceptualizaciones sobre la angustia de intrusión y/o de pérdida y su posible emergencia en el campo analítico pero reducirlas a meros conceptos teóricos instala, en ocasiones, llamativas diferencias entre lo que se sostiene en la teoría y cómo se trabaja en la clínica. Un ejemplo sencillo: se sostiene en la teoría la angustia de intrusión pero se interpreta toda puesta de distancia del analizado como transferencia negativa. Entiendo que pensar en angustias diferentes a la de castración, permite considerar de otro modo los vaivenes en el acercamiento o no con el analista y el análisis.

En mi experiencia clínica, cuando se dan las condiciones de una adecuada capacidad de transferencia intrapsíquica e intersubjetiva, incluso más allá de la sesión analítica es factible trabajar con una frecuencia más baja de sesiones. Se conjetura que lo trabajado en sesión continúa más allá de la misma. Es el analizado que viene a la sesión siguiente diciendo “me quedé pensando...” o “no estoy de acuerdo con lo que dijiste...”

En los límites de lo analizable en cambio, todas las condiciones del encuadre

serán pensadas para que “En lugar de...” el acto surja la palabra con el debido cuidado de sortear todas aquellas prácticas que no puedan ser adecuadamente fundamentadas. Es en estos momentos donde la metapsicología, la supervisión y el intercambio con los colegas, se hacen fundamentales.

En cuanto a la duración de la sesión, considero que sobre todo necesita guardar correspondencia con la idea que cada analista tiene del trabajo analítico. Por lo planteado hasta aquí, se entiende que mi posición se inclina por un tiempo “pactado” de trabajo analítico y reelaboración de manera de ir observando, sesión por sesión, la emergencia de procesos de transicionalidad, temporal, espacial y objetal que den cuenta que donde era el acto, ahora es la palabra o el pensamiento.

Pienso que el “soporte” para dicho trabajo de reelaboración será preferentemente una palabra que facilite que en lugar del acto surja otra, inédita o más genuina, pero que dé cuenta que la pulsión, su fuerza, ha encontrado puntos de anclaje para el trabajo psíquico. La idea es que la construcción emergente del campo analítico, anclada en figuras del acto y como representación-oída, sirva de enlace a lo pulsional. Es decir opere como objeto de análisis, lazo para la pulsión y generadora de sentido.

Resumen

En 1984 en el trabajo “Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico latinoamericano” W. Baranger y J. Mom decían:

“No somos fanáticos. Somos expansionistas circunspectos. Ya dijimos en otra parte, expansión sin dilución y con precisión”.

Enmarcada en esta idea la expresión “En lugar de...” lleva implícita la apelación de retomar y repensar el contrapunto freudiano: repetición-reelaboración (*durcharbeiten*) a partir de las demandas a las que se ve convocada nuestra práctica.

Con este propósito se proponen “hipótesis auxiliares” que tienen un objetivo: repensar los obstáculos en la cura. Y una intención: hacer un “enlace” entre ideas metapsicológicas y la clínica psicoanalítica actual. Y una expectativa: que es posible investigar sus fronteras y revalidar al mismo tiempo su vigencia.

Dichas hipótesis se centran especialmente en el estudio de formas de repetición: en el discurso y desplegadas en la transferencia (ligadas a complejos representacionales) y en acto (desligadas de complejos representacionales), analizándose sus posibilidades de reelaboración.

Se analiza en particular la repetición en acto, sus diferentes grados de complejidad y su articulación con la metapsicología, para luego poner en debate ideas sobre el encuadre y el lugar del analista en el trabajo de reelaboración que implican. Concluye con la presentación con un caso clínico.

Descriptores: Representación – Elaboración psíquica – Repetición – Lugar del analista – Encuadre.

Resumo

No 1984 no trabalho “Corrientes atuantes no pensamento psicoanalítico latinoamericano” W. Baranger e J. Mom diziam:

“Não somos fanáticos. Somos expansionistas circunspetos. Já temos em outra parte, expansão sem diluimento e com precisão”.

Enquadrada nesta idéia a expressão “Em vez de...” leva implícita a apelação de retomar e repensar o contraponto freudiano: repetição-reelaboração (*durcharbeiten*) a partir das demandas às que se vê convocada a nossa prática,

Com este propósito se propõem “hipóteses auxiliares” que têm um objetivo: repensar os obstáculos na cura. E uma intenção: fazer um “enlace” entre idéias metapsicológicas e a clínica psicoanalítica atual. E uma expectativa: que é possível pesquisar suas fronteiras e revalidar ao mesmo tempo a sua vigência.

Estas hipóteses concentram-se especialmente no estudo de formas de repetição: no discurso e espalhadas na transferência (ligadas a complexos representacionais) e no ato (desligadas de complexos representacionais) analisando-se suas possibilidades de reelaboração.

Analiza-se em particular a repetição em ato, seus diferentes graus de complexidade e sua articulação com a metapsicologia para logo debater idéias sobre o enquadre o lugar do analista no trabalho de reelaboração que implicam. Conclui com a apresentação de um caso clínico.

Palavras chave: Representação – Elaboração psíquica – Repetição – Lugar do analista – Enquadre.

Summary

In 1984, in the work “Trends Involved in Latin American Psychoanalytic Thought”, W. Baranger and J. Mom asserted: “We are not fanatics. We are circumspect expansionists. We have mentioned it elsewhere, expansion without dilution and with accuracy”.

Framed within this idea, the term “In the place of” implies the appeal to retake and rethink the freudian counterpoint: repetition-re elaboration (*durcharbeiten*) in view of the demands our practice must face.

With this purpose, “auxiliary hypotheses” are put forward with an aim: to rethink the hindrances of the cure. And an intention: to establish a “link” between meta-psychological ideas and current psychoanalytical clinics. And one expectation: that it is possible to research into its bounds ad to revalidate its current force at the same time.

Such hypotheses especially focus on the study of forms of repetition: in the discourse and displayed in the transference (attached to representational complexes) and in action (not attached to representational complexes) analyzing its possibilities of re-elaboration.

Repetition in act –its various degrees of complexity and its articulation with meta-psychology– is analyzed and further on, ideas about the analyst’s framework and function in the work of re-elaboration are posed for debate. It concludes with the presentation of a clinic case study.

Key words: Representation – Psychic elaboration – Repetition – Place of the analyst – Setting.

Bibliografía

- Assoun, P. L.** (1999) *El perjuicio y el ideal. Hacia una clínica social del trauma*. Cáp. 1, 2, 3 y 4, Ed. Nueva Visión, Argentina, 2001.
- b) (2003) *El Vocabulario de Freud*. Ed. Nueva Visión.
- Baranger, M.** (1969) "Regresión y temporalidad en el proceso analítico". *Revista APA*, Nro 2.
- (1992) La mente del analista, de la escucha a la Interpretación. Tomo 49, Nro. 2, *Revista APA*.
- Recordar, repetir y elaborar: un desafío para el psicoanálisis en los tiempos actuales. Trabajo inédito.
- Baranger, W. y M.** (1961-62) "La situación analítica como campo dinámico". *Revista uruguaya de psicoanálisis*, Tomo 4, 1961-1962.
- Baranger, W. y Mom, J.** (1984) "Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina". Tomo XII, Nro. 4, *Revista APA*.
- Bollas, Ch.** (1987) *La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado*. Ed. Amorrortu, Argentina, 1991.
- Cabral, A.** El perdón y lo imperdonable. La "vía Stael" y la vía freudiana. Panel APA, 2007.
- Deleuze, G.** 1968 *Repetición y diferencia*, Introducción Ed. Amorrortu, Argentina, 2002.
- Derrida, J.** (2000) *Estados de ánimo del psicoanálisis*. Lo imposible más allá de la soberana crueldad. Ed. Paidós, Argentina, 2001.
- Donnet, J. L.** (2000) De la regla fundamental a la situación analizante. Tomo 57, Nro. 3/4 *Revista APA*.
- Freud, S.** (1912) Sobre la dinámica de la transferencia. *A. E.*, Vol. 12, 1914, Recordar, repetir y reelaborar, *A. E.*, Vol. 12.
- (1915 [1914]) Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. *A. E.*, Vol. 12.
- (1914) Introducción del narcisismo. *A. E.*, Vol. 14.
- (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. *A. E.*, Vol. 14.
- (1915) La represión. *A. E.*, Vol. 14.
- (1915) Lo inconsciente. *A. E.*, Vol. 14.
- (1915) Duelo y melancolía. *A. E.*, Vol. 14.
- (1920) Más allá del principio de placer. *A. E.*, Vol. 18.
- (1921) Psicología de las masas y análisis de yo. *A. E.*, Vol. 18.
- (1923) El yo y el ello. *A. E.*, Vol. 19.
- (1926) Inhibición. Síntoma y angustia. *A. E.*, Vol. 20.
- (1927) Fetichismo. Vol. 21.
- (1937) Análisis terminable e interminable. *A. E.*, Vol. 23.
- (1937) Construcciones en el análisis. *A. E.*, Vol. 23.
- (1940 [1938]) La escisión del yo en el proceso defensivo. *A. E.*, Vol. 23, 1980.
- Green, A.** (1986) *La pulsión de muerte*. Pulsión de muerte, narcisismo negativo y función desobjetalizante, Ed. Amorrortu, Argentina, 1981.
- (1993) *El trabajo de lo negativo*. Cáp. 5, 6 y 7, Ed. Amorrortu, Argentina, 1995.
- (2000) *El tiempo fragmentado*. Cáp. 8, 9, y 10, Ed. Amorrortu, Argentina, 2001.
- (2003) *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo*. Ed. Amorrortu, Argentina, 2005.
- Kristeva, J.** (1994) *El tiempo sensible. Proust y la experiencia literaria*. Eudeba, Bs. As., 2005.

Laplanche, J. y Pontalis, J. (1987) *Diccionario de Psicoanálisis*. Ed. Labor, Barcelona, España.

Laplanche, J. (1987) *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*. Ed. Amorrortu, Argentina, 1989.

- (1992) *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Cáp. 1 y 5, Ed. Amorrortu, Argentina, 1996.

Marucco, N. (1998) *Cura analítica y transferencia*. Cáp. 2, 15, 16 y posfasio, Ed. Amorrortu, Argentina, 1999.

Portevin, C. (2002) *Deberes y delicias*. Fondo de Cultura Económica, Cáp. 9, Argentina, 2003.

Rousillon, R. (1991) *Paradojas y situaciones fronterizas del psicoanálisis*. Tercera parte, Ed. Amorrortu, Argentina, 1995.

- Configuraciones transferenciales límites. Conferencia APA, 2007.

Socci de Gómez - Rosas de Salas “Subjetividad, realidad psíquica y contratransferencia”. Encuentro APA., SPI. Tomo 62, Nro. 4, *Revista APA*, 2003.